



La espiritualidad infantil, el estado natural

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 25/09/2014)

La categoría del "otro" queda reducida a medida que aquellas sociedades con capacidad para discriminar se muestran más permeables a la diversidad y van tomando conciencia de la importancia equitativa para dignificar al ser humano. A pesar de todo, continúan las discriminaciones, muchas veces de forma más sutil. Uno de estos "otros" borrosos son los niños, que reciben todo tipo de presión constante que dificulta y entorpece su proceso natural. El racismo y el machismo son dos maneras evidentes de intolerancia, con sus intentos para imponer a los demás una determinada visión del mundo, a menudo con el recurso de la violencia física y psicológica. Son hechos denunciables. Sin embargo, sólo cuando los niños son víctimas de una violencia extrema -explotación laboral, maltrato físico...- entran en este grupo de extremismo agresivo. Paseando por las calles, parques y patios de colegio podemos comprobar cómo muchos adultos descargan en los niños todas sus iras y frustraciones, aunque a menudo se haga sólo de forma verbal. Esta constante falta de respeto, llena de amenazas, insultos y castigos, prácticamente se ha dejado de ver en otras relaciones públicas, donde incluso resultaría escandalosa, pero si quien la recibe es un niño parece que las reglas del juego están menos claras. ¿Por qué los niños tienen esta capacidad de dejar fuera de sí al adulto? Fijémonos que este fuera de sí es justamente esto: perder el equilibrio interior, de donde surge el amor y la paz, para perderse en un exterior inhóspito, desbocado por la rabia y el dolor.

Palabras como *infantil* o *inocente* también se aplican de manera despectiva a aquellos adultos (individuos y pueblos) que no encajan en un cierto modelo de madurez todavía ligado a una visión del mundo, justamente, prepotente. El cultivo de la espiritualidad y la vida interior, que tiene como base el agradecimiento, el asombro, la dependencia y el reconocimiento de unidad con el resto, se ridiculizada desde esta óptica de adulto serio, fuerte, autónomo y materialista. La necesidad de una mayor conexión con nosotros mismos y, por lo tanto, la voluntad de crecimiento espiritual, nos acerca a una etapa que ya conocemos, la niñez, y nos aleja de un paradigma cultural que agoniza.

La espiritualidad no es especial ni tiene etiquetas

Si la capacidad de amar, andar, comunicar, recibir, en definitiva, de vivir plenamente no se nos enseña desde el exterior, sino que la llevamos muy adentro, resulta lógico pensar que la espiritualidad -este vínculo intangible donde la voluntad de vivir nos acerca con reverencia a la

Vida- también la llevamos muy adentro: es en la infancia donde se puede sentir con más plenitud y sinceridad, pues no pasa por el tamiz de la ideología y las expectativas que vamos construyendo de adultos. Es una expresión natural que debemos respetar y cuidar. Como dice el psicólogo Tobin Hart, “no se trata de que los niños sean más espirituales, pues ya lo son, sino que sientan más seguridad y naturalidad para poder expresar esa espiritualidad”. En su libro *El mundo espiritual secreto de los niños* (La Llave) nos acerca a sus investigaciones en este ámbito, alertando de no caer en el otro extremo y ver a algunos niños como especiales (en la corriente *new age* de los niños índigo, cristal, etcétera): “En el terreno espiritual, esta clase de atención y de glorificación refuerza la idea de que el niño es 'más especial' que otras personas y promueve, por lo tanto, un tipo de narcisismo espiritual ('Yo soy más espiritual que tú') en lugar de la reciprocidad, el respeto y la humildad que son las cualidades que definen la auténtica espiritualidad ('Si soy espiritual es porque todos los demás también lo son')”.

Hacer de los niños un “otro” diferenciado, aunque se haga con buena voluntad, y colocarlos en un pedestal dificulta también el establecimiento de límites y comprender las auténticas necesidades, como nos recuerda el mismo Hart: “Que un niño tenga acceso a la sabiduría, la maravilla y la compasión no significa que haya madurado completamente o que ya no necesite ningún consejo ni instrucción. Sabemos que los niños pueden ser especialmente insensatos, impulsivos y autoindulgentes o, en otras palabras, niños”. Como siempre, se trata de encontrar el complejo camino medio, aquel que sale de la intersección entre lo poco y lo demasiado.

El vínculo adulto-niño

Uno de los beneficios de ampliar la mirada hacia los niños y la espiritualidad natural que tenemos los humanos en esta primera etapa es, precisamente, la atención hacia nosotros mismos. Un trabajo constante y alejado de los recursos fáciles, donde las cualidades que queremos transmitir tienen que estar vivas en nuestro interior. De este modo, reconocer la espiritualidad infantil refuerza la espiritualidad de los adultos, incluso a menudo la despierta. Y es una responsabilidad social.

Hace más de 150 años, el pedagogo alemán Friedrich Fröbel abrió el primer jardín de infancia de la historia, en un clima de respeto y libertad, basándose en esta premisa: “Todo lo que hace el niño tiene una característica común, porque busca la unidad que abraza todas las cosas y todos los seres e intenta, así, encontrarse a él mismo. Pero no sólo no cuidamos nutrir este deseo, sino que incluso la aspiración del niño de nutrir él mismo este deseo se echa a perder, por desgracia, demasiado pronto. El niño que haya sido educado naturalmente, por más débiles que puedan ser los indicios, por más que los pueda tener inconscientemente o desconocer, en realidad busca la unidad que abraza todas las cosas, la unidad viva y necesaria, el fundamento de todo, no lo que hayan hecho o formado la astucia y el capricho humanos, sino aquello que siempre está junto al corazón y el alma.”